

hiciera lo propio en la Capital del Principado. El Ilmo. Sr. Capilla, que debía todos los éxitos á nuestro Santo, lo llamó al punto, le comunicó las órdenes del Rey, le encargó aquel delicado negocio, y José, habituado á ver la voluntad de Dios en la de su Obispo, partió inmediatamente en lo más crudo del invierno, atravesando ventisqueros y toda clase de peligros, sin más compañía que un sirviente. No había que perder tiempo: había llegado todo al extremo más desesperado; estaban ya en campaña los dos partidos numerosos y bien armados, engrosados cada día con nuevos refuerzos que llegaban de todas partes; era inminente el choque, y la flor de la nobleza barcelonesa se iba á degollar para vengar una injuria que ya no podía remediarse. Inútilmente habían intervenido personajes de todas clases y de todas condiciones: se habían hecho promesas, se habían asegurado recompensas, se habían ofrecido compensaciones, todo era inútil, y la ciudad entera estaba amenazada de un desastre que iba á alcanzar aun á las gentes más inofensivas.

Siguiendo siempre su método, se dirigió José primeramente á Dios con las más fervientes oraciones, y en seguida á los jefes enemigos, y sin discutir los agravios de gentes tan apasionadas, les pidió sólo, y obtuvo un armisticio por algunos días. Lo principal era ganar tiempo para llevar á los jefes momentos de calma. En aquellos días estuvo elocuente, patético, dió á conocer tales proyectos, expuso tales razones, é indicó tales medios, que al fin obtuvo paz sólida, haciendo que el burlado pretendiente se casase con la hermana del raptor, mientras que éste se casaba con la joven secuestrada que no podía ya convenir á la primera alianza proyectada. De esta manera, gracias á aquel ángel de paz, se sucedieron en Barcelona las alegrías de dos matrimonios á los terrores que hacía algún tiempo dominaban en aquella ciudad asustada.

No pudo la humildad de José soportar las aclamaciones entusiastas de la nobleza y del pueblo; salió secretamente de Barcelona, como si hubiera cometido la acción más villana; pero nada consiguió con huir. De todas partes llegaban al Obispo felicitaciones y acciones de gracias; y maravillado el Rey del pronto y feliz despacho de negocio de tal importancia, hablaba ya de confiarle el primer Obispado vacante. No podía soportar nuestro Santo la amenaza de semejante honor: solamente obligado por la fuerza, había aceptado la dignidad de Vicario General, como él decía, muy superior á sus merecimientos, y parecía perseguido por más brillantes dignidades.

Hacia ya algunos meses que José oía interiormente una voz que le decía: *Ve á Roma*. Temió al principio que no fuera aquello el espíritu de ambición que hablaba desde el fondo de su alma, porque, teniendo la Corte pontificia el derecho de colación de muchos Beneficios de España, para conseguirlos hacían aquel viaje muchos Eclesiásticos. Pero sondando con diligencia extremada el fondo de sus pensamientos, no pudo hallar en aque-

lla voz al espíritu maligno, pues quería huir de su patria, precisamente para evitar que se encontrasen con él las dignidades que le perseguían hacia tiempo. Entre tanto era más clara la voz que le decía: *Ve á Roma*. Mucho le daba que pensar aquello, cuando vino una especie de visión á aumentar sus ansiedades: Dormía, y le parecía que estaba en la Santa Ciudad entre una turba de niños que semejaban ángeles. Les enseñaba á vivir como buenos cristianos, los bendecía, y los acompañaba hasta sus casas. Al mismo tiempo, y para ayudarle en aquel Ministerio de caridad, se unía á él gran número de ángeles.

Con su gran prudencia, no dió José á aquel sueño más importancia que la que se acostumbra dar á los sueños ordinarios. Sin embargo, no podía echar de sí aquella visión, y la voz le decía con más claridad cada día: *Ve á Roma, José: José ve á Roma*. Durante seis meses continuos resonaron en su corazón estas palabras, que llevaban la turbación á su alma, no sabiendo qué espíritu le hablaba. Para iluminarse redobló las oraciones y las penitencias, hasta que por fin se descubrió á su director espiritual. Era hombre grave y prudente, como sabía escogerlo nuestro Santo; tomóse tiempo para dar su opinión, y convencido de que era la voluntad de Dios, le mandó que obedeciera sin perder tiempo. José, tarde para resolver, era pronto para ejecutar. Se presentó á su obispo, le suplicó que aceptase la dimisión del Vicariato General y de todos los Beneficios. Asustado quedó el prelado; mas, cuando conoció los motivos, demasiado piadoso para poner obstáculos á la voluntad de Dios sobre su siervo, accedió á sus deseos, pidiéndole, no obstante, que no renunciase todos los Beneficios, mientras no le fueran perfectamente conocidos los designios de la Providencia. Tenía aquel santo Obispo la esperanza de que, pasado algún tiempo, volvería á hacerse cargo de tan santo y útil ministerio. En fin, después de derramar muchas lágrimas, y con el corazón deshecho, le dió la bendición.

Dirigióse José á Tresp el 6 de septiembre de 1591. Permutó primero la parroquia de Ortoneda por un beneficio simple (1) con el sacerdote Santiago Segús, imponiéndole la obligación de

(1) En Derecho llámase *beneficio simple* el que no lleva cura de almas. Un Canonicato es beneficio simple: una Parroquia, un Obispado son beneficios con cargo de almas. En otro tiempo eran muy numerosos en Francia los beneficios simples. El titular, obligado solamente á ciertas funciones, á asistir á ciertos oficios, tenía con la renta medios para atender á su subsistencia, siguiendo los estudios, ó prestando á la Iglesia considerables servicios. ¡Qué felices serían los directores de obras de caridad, si pudieran hallar en tales beneficios medio de hacer mayores bienes! pero la revolución dió al traste con ellos, quedando sólo las Canongías de las Catedrales, que han venido á ser Beneficios para sacerdotes ancianos y enfermos. (a)

(a) En España ha hecho lo mismo la ola revolucionaria, quedando las Canongías y algunos Beneficios que se dan por oposición y también por favor, gracias á nuestro sistema de gobierno liberal que sufrimos hace más de setenta años. (N. del traductor).

M^o BORDAS.

TYP. J. CLAYE.

S. José de Calasanz en sueños es inspirado del Cielo para que vaya á Roma á los 34 años.

pagar una pensión anual á un depósito de trigo que había fundado para proveer gratuitamente, dos veces al año, á los pobres de Ortoneda y de Claverol. La renta que se reservó del conjunto de todos sus beneficios alcanzaba á dos mil escudos anuales, suma muy respetable para aquellos tiempos. Se verá más adelante que, al obedecer á su obispo, no dominó en su alma ningún pensamiento de codicia, puesto que empleaba casi toda aquella suma en obras de caridad, y concluyó por renunciar enteramente á ella, apenas conoció los designios de Dios. En efecto, habiendo ido á Peralta á arreglar sus asuntos, aquellos dos mil escudos fueron casi por completo destinados á fundar un Monte de Piedad para proporcionar trigo á los pobres todos los años, y para dotar doncellas menesterosas. Dió una parte de su herencia á los pobres, repartiendo lo demás entre sus hermanas, reservándose provisionalmente una pensión anual para atender á sus necesidades, no queriendo ser molesto á nadie.

Desembarazado así del cuidado de los negocios, partió para Barcelona á fines de 1591, cuando contaba treinta y cinco años de edad. Era de temer una explosión de entusiasmo en Barcelona, reconocida aquella ciudad á los grandes servicios prestados en el año anterior. Para evitarla, ocultóse José, y se embarcó para Italia en los primeros días de 1592, navegando contento hacia la Ciudad Eterna, sin sospechar siquiera lo que iba á exigir Dios de él. Aquí vienen perfectamente las palabras de los libros Santos: *Sal de tu tierra, y de tu parentela, y de la casa de tu padre: y partió Abrahan, sin saber á donde se dirigía.* (1) Pero había prometido Dios á Abrahan, dice San Pablo, que le mostraría el lugar á donde quería se dirigiese, y que le haría padre de una nación grande. (2) Quizá pudieran añadirse estas otras palabras dichas á Ananias: *Le haré saber todo lo que tendrá que sufrir por la gloria de mi nombre,* porque, pasados cinco años de residencia en la Ciudad Santa, había de comenzar para él una vida llena de los más crueles sufrimientos. (3).

(1) *Egredere de terrâ tuâ, et de cognatione tuâ, et de domo patris tui.* (Genes. XII, 1).

(2) *Et exivit nesciens quo iret.* (Hebreos, XI, 8). *Et veni in terram quam monstrabo tibi, faciamque te in gentem magnam.* (Genes. XII, 1).

(3) *Ego enim ostendam illi quanta oporteat eum pro nomine meo pati.* Hechos A, IX, 16).



CAPÍTULO IV

ROMA

1592-1596



HABÍA permitido Dios que, elevado José al sacerdocio, tuviese á su cargo los ministerios más importantes de España: esto lo había puesto en relación con los hombres y las cosas, y lo había acostumbrado al manejo de toda clase de asuntos. Al fundador de una Orden Religiosa no le basta la santidad: necesita sobre todo larga experiencia, y profundo conocimiento del corazón humano. Tenía treinta y cinco años, cuando salió de su país; estaba en la edad viril que en él se había adelantado, gracias á su inteligencia prodigiosa, á los estudios serios, y á los negocios en que había tenido que intervenir. Y sin embargo, aquel hábil Director de almas no sabía lo que quería de él el Señor. Se dirigía á Roma para saberlo, y cinco años debía estar ocupado en su propia santificación, esperando que le manifestara el Señor su voluntad santísima.

Después de muy feliz navegación arribó á Noli, puerto entonces célebre en las costas de Génova, que ha perdido en nuestros días todo su esplendor antiguo, y después de haber servido de arsenal á los Romanos, hoy es una playa desierta. Haciéndose nuevamente á la vela, llegó al puerto de Centumcellas, hoy Civita-Vecchia. Dió gracias al Señor por su viaje felicísimo, pidiéndole su gracia para dirigirse, según su voluntad, á la Ciudad Santa, y partió á pie, en traje de peregrino, llegando á la ciudad en la Cuaresma de 1592. Clemente VIII, Adolbrandini, había sido elegido Pontífice Soberano el 31 de enero, y el 4 de abril asistió José á la toma de posesión de la Basílica de Letrán, sede del Papado, *Urbis et Orbis Mater et Caput*. (1) No pudieron distraerle de su principal objetivo que era conocer y cumplir los designios que tenía Dios sobre él aquellas pompas y magnificencias de Roma. Apenas llegó, se dirigió á San Pedro, y después de profunda adoración en

(1) Madre y cabeza de la ciudad de Roma y de todo el mundo.